

en la terrible hoguera. El terror se difundió por Francia y lanzó multitud de gentes sobre Suiza. En Suiza, pues, se hallaba Calvino meditando el nuevo Evangelio que habia de ser como el desquite de tantas persecuciones y el consuelo de tantos mártires.

CAPÍTULO III

PASO DEL REFORMADOR POR FERRARA Y ARRIBO Á GINEBRA

Las ciudades italianas, á mediados del siglo décimosexto, parecian, allá en los espacios de la península, como estrellas de resplandor espiritual y divino. Difícil, muy difícil parar mientes en ninguno de tales focos de ideas, sin ver algun excepcional ingenio, trayendo nuevas inspiraciones al arte. Aun hoy se descubren por estas sedes augustas del Renacimiento las obras maestras del humano espíritu, en su inmortal serenidad. Acercaos á Génova, y las marmóreas escaleras del palacio de los Dorias, besadas por las tranquilas aguas del puerto, despertarán en vuestros recuerdos los nombres de los mas ilustres navegantes del esplendoroso Mediterráneo; acercaos á Pisa, y aunque ha caido bajo la dominacion de los florentinos y ha pasado con la Edad media, dejando como triste símbolo un cementerio semi-gótico, aun por las capillas de su oriental Basílica se ven los cuadros de Andrea del Sarto y en la sublime lámpara del crucero fijos los ojos de Galileo, al presentir y adivinar las leyes misteriosas del péndulo y la triunfal demostracion del movimiento de la tierra; un poco mas léjos, en la republicana Siena, las paredes maravillosas de la sacristía pintadas por Pinturricchio mostrarán la dulce aurora del Renacimiento, y las líneas y las figuras de Becca-Fiume, por el suelo, el dia plenísimo de esta edad creadora; en la pontificia Orvieto, el Juicio Final de Signorelli aparece como una resurreccion traída por esta primavera del alma universal á los cuerpos demacrados antes por el recuerdo de la culpa y el ejercicio de la penitencia. Y no queremos nombrar aquel Urbino, cuyos duques competian en amor al arte con los magistrados de Florencia,

ni aquella Perusa, donde dejaba el maestro de Rafael en los salones del Cambio las figuras de los héroes italianos henchidos del nuevo espíritu y deslumbrantes de riqueza y de magnificencia. Necesitaríase el estro de un poeta épico y las estrofas de un Ariosto para conjurar tantas ilustres personalidades á que vinieran, evocadas por nuestro acento, á presentarnos sus timbres y á decirnos las obras inmortales que han caído como una etérea lluvia del seno de sus creadoras mentes, las cuales elevaron como espiritual universo en el planeta. Vendría ciertamente al conjuro del genio, Milan, la severa, con su Bernardino Luiso de incomparable delicadeza y exquisita dulzura; vendría Parma, la modesta, con sus cuadros del Corregio que tienen la vida exuberante y la placidez poética de las campiñas lombardas; vendría Vicenza, la griega, con sus monumentos clásicos debidos á la inspiración de Paladio que quiso trasformarla en armoniosa Atenas; vendría Mantua, la virgiliana, con los titanes surgidos de la hiperbólica fantasía de Julio Pipi; vendría Venecia con sus fiestas sensuales, con sus escuadras impelidas por velas de seda, con sus coros marinos que cantan en las ondas llenas de conchas y corales, con sus edificios cubiertos de mosaicos, resplandeciendo entre los arrebolados cielos y las cristalinas lagunas, como fantásticas apariciones del Asia.

Junto á tales ciudades, brillaba con brillo extraordinario aquella que los Borgias y los Estes enriquecieron é inmortalizaron, la incomparable Ferrara. A mitad del siglo décimosexto, despues de haber cantado allí Ariosto, pintaban Garofalo y Costa; reinaba Hércules, casado con René de Francia, la hija del Rey Luis XII y de la Reina Ana de Bretaña, convirtiendo tamaña población en foco donde se concentraban todas las nuevas ideas. Hércules II, hijo del duque Alfonso y de Lucrecia Borgia, amaba las artes con idolatría y trataba la religion con el culto externo y el escepticismo interno propios á los actores del Renacimiento en Italia. Su persona se alza entre la estrella vespertina que se llama la fantasía de Ariosto, ya en su ocaso; y la estrella matutina, que se llama la fantasía del autor de *La Jerusalem*, ya en su oriente. El gran pintor de las escenas aparatosas y de los colores deslumbrantes, Ticiano, revestia con sus creaciones la capilla del ducal palacio. Garofalo, á quien llama la historia el Rafael ferrarés, como llama el Rafael lombardo á

Bernardino Luini, Garofalo mezclaba las escenas sencillas de la Biblia con las voluptuosas bacanales del paganismo en los régios salones de aquella corte artística. Así de igual suerte Carpi, Escarcelino, Mazuoli, con aptitudes varias y facultades brillantísimas, renovaban á una en la ciudad del Pó las teatrales decoraciones y las animadas figuras que los pintores venecianos animaran allá en la ciudad del Adriático. Y á estos creadores se unian sabios de primer orden que conversaban sobre las ideas puras, entre las obras de arte. Allí el orador Sinapi, allí el poeta Marot, allí el heróico jóven Parthenai, allí el noble señor de Subisa comunicábanse recíprocamente sus ideas y contribuían con esta comunicacion constante á renovar y engrandecer el humano espíritu.

La duquesa de Ferrara, esposa del hijo de Lucrecia Borgia, Hércules II, como hemos dicho, é hija del Rey Luis XII de Francia, atraía todas estas grandes almas en torno del resplandor de sus miradas y del resplandor de sus ideas. Prima de la Reina de Navarra y admiradora de sus cualidades altísimas, aprendió en su trato la inclinación decidida por las nuevas ideas religiosas. Y como aprendiera en ella tal inclinación, de ella tomara también el arte finísimo de disimularla y encubirla. Esposa de un príncipe que ostentaba los dos ortodoxos apellidos de Borgia y Este, cuyos Estados ofrecían vasallaje, siquier nominal, á los Papas, bien había menester la doblez y la desconfianza para vivir en paz entre tantas y tan amenazadoras sirtes. Sin embargo, el secreto de su fe no se ocultaba tanto que lo ignoraran los nuevos creyentes, ansiosos de un asilo donde consagrarse con todo su sér al culto espiritual de la nueva idea. Lo cierto es que llegaron á Ferrara dos jóvenes que fugitivos de Paris y escapados á las persecuciones religiosas de Francisco I, halláronse mal, tanto en Estrasburgo como en Basilea, y corrieron á refugiarse y acogerse bajo el manto real de la ilustre señora de Ferrara. Oscuros los dos, oscuros así Tillet como Calvino, temían de tal suerte las inquisiciones de los tribunales del tiempo y las asechanzas de los esbirros del clero, que se recataron bajo supuesto nombre y vivieron algun tiempo en paz escudados por la incontrastable autoridad y poder de su régia protectora.

Bien diferentes los viajes de Calvino y Lutero. Al partirse hácia Roma

éste, parecía entrado el mundo en la paz religiosa y perdidas las últimas esperanzas de la revolucion universal en las frias pavesas del cadáver de Savonarola y en las últimas palabras del derecho pronunciadas por los concilios ecuménicos; mientras al partirse Calvino para Italia la revolucion tenia su liga de príncipes en Alemania, su converso coronado en Inglaterra, su cómplice tornadizo é incierto en el trono de Francia, sus fortalezas en Basilea y en Ginebra, sus musas en la Reina de Navarra y en la Duquesa de Ferrara. Y estaba de Dios que, á pesar de situaciones tan diversas, influyera Italia en los dos grandes maestros de la Reforma, porque si el uno sintió, al pisarla, el genio de la rebelion religiosa en sus entrañas, el otro sintió aquella virtud de autoridad y aquella fuerza de organizacion llamadas á darle poder tan soberano en las nuevas fases del espíritu. Su timidez cuasi femenina de temperamento, su reserva cuasi diplomática de palabra, su apartamiento de todos los conflictos, su horror á todas las responsabilidades concluyen así que se halla en el seno de aquella corte donde la habilidad de la Duquesa y la indiferencia del Duque dejan alguna libertad á su pensamiento y algun vagar á su trabajo. Las epístolas escritas desde Ferrara con varios motivos y á diversos personajes, aseméjense por el vigor de su estilo, por el acento de su conviccion, por el tono de sus consejos, por el número de sus ideas, á las epístolas de aquel apóstol San Pablo que tanto contribuyeron á la fundacion y divulgacion del Cristianismo.

El palacio, conocido con la denominacion de casa del Magistrado, sirvió de asilo al jóven reformador y á su compañero de peregrinaciones. Dependencia del palacio y á su servicio adscrita, bien puede asegurarse que sus ocupantes componian parte de la familia ducal. El artístico salon que por sus pinturas llevaba el nombre de Sala de la Aurora, servia por sus espaciosas dimensiones á la especie de Academia compuesta por todos los amigos y familiares del ducal palacio. Hasta la capilla por la Iglesia consagrada con sus bendiciones y por Ticiano revestida de maravillosos cuadros, ofrecia espacio á las predicaciones de Calvino. La Duquesa, que gustaba por extremo de su lengua patria, esparcia su ánimo y se holgaba oyendo ideas tan conformes con sus creencias en estilo tan grato á sus orejas. Allí departía con el escritor Pedro Mártir, con el poeta Bernardo Tasso, padre ya de otro poeta inmortal; con Marot, cuyos versos olian al

ingenio de Paris; con el arqueólogo Calcagnini, que industriaba en los secretos de las artes poéticas á las princesas de aquellas régias dinastías; con la célebre Olimpia Morata, que derramaba por doquier los encantos de sus sonrisas y los encantos de sus conversaciones. Calvino llamaba, penetrado ya de su ministerio religioso, á voces, todas aquellas almas grandes y luminosas de suyo al culto de la evangélica verdad. Auxiliábale con sus luces naturales y con sus trabajos literarios en tal empresa la célebre Ana de Partenai, tan diestra en el canto y en la música y tan sábia en el conocimiento y version de las lenguas clásicas. Tantos y tan nobles incentivos debian fijar el pensamiento de aquel jóven, que teniendo á la sazón veintisiete años, parecia ya un hombre maduro. Así, general de la importancia y de la grandeza del señor de Subisa, despues de haber recibido la nueva idea, en Ferrara y en las conferencias allí tenidas, de labios de Calvino, llevólas con su natural influjo á la corte de Francia y convirtió á damas como las duquesas de Montpensier, de Bouillon y de Orange.

Y no se contentaba y satisfacía el reformador con las conquistas hechas por la virtud pura de su palabra y la mediacion soberana de su influjo. Escibia á Francia y concitaba de continuo los amigos á su corazón mas interesantes para que abandonasen la Iglesia y siguiesen la Reforma. Como viese que Duchemin, uno de sus mejores discípulos, fuese nombrado juez eclesiástico, escribióle para que apartase por completo su persona de todo contacto con las antiguas instituciones eclesiásticas y se inscribiese con resolucion y entereza en el ejército de los reformadores. Su amigo, que profesaba la doctrina protestante, sentíase incierto entre su amor á la verdad y su miedo á las persecuciones. Calvino, en sus escritos, cada vez mas morales en su fondo y elocuentes en su forma, incitábale á que sujetase muy estrechamente su sér á su idea, sin cambiar los tesoros del cielo por los tesoros del mundo y las satisfacciones del espíritu por las satisfacciones del estómago. Mas, en este período crítico de transicion como en todos los revolucionarios, al par que se veian almas resueltas y en su resolucion verdaderamente inquebrantables, veíanse otras que vacilaban y se mantenian en las penumbras de las dos ideas, á guisa de esas aves que solo aciertan á volar en los crepúsculos. Alma de tal temple era el alma de Roussel, antiguo amigo suyo y confi-